



# MARIÁTEGUI Y EL SOCIALISMO INDOAMERICANO

José Abelardo Díaz

Profesor de las Universidad de Cundinamarca y Pedagógica Nacional

“Están junto a tu cadáver de iluminado los obreros vestidos de miseria, están los indios que amaste con sus ponchos de clamor y anhelo. ¡Estamos todos! José Carlos. Rubén Sueldo Guevara, en Poemas a Mariátegui, Amauta, Lima, 1980”.

**J**osé Carlos Mariátegui es considerado como uno de los marxistas más importantes y creativos de nuestra América. Su obra teórica, que abarcó un conjunto de problemas económicos, políticos y culturales, llevaba implícita una invitación a la praxis política, es decir, a su transformación revolucionaria.

Uno de los temas que lo obsesionó fue el problema del indio en el Perú y la postura política que, desde su perspectiva, debía adoptarse para superarlo de raíz. En este artículo se efectúa un breve acercamiento al planteamiento del socialismo indoamericano de Mariátegui, considerando que debe relacionarse con su pensamiento crítico totalizador, que es, a su vez, deudor y continuador de una rica tradición intelectual, gestada en Nuestra América desde finales del siglo XVIII y de la que hacen parte un conjunto de destacados pensadores y hombres de acción.

## 1. El pensamiento crítico en nuestra América y Mariátegui

Nuestra América cuenta con un acumulado de reflexión crítica que comenzó a gestarse desde la segunda mitad del siglo XVIII y que podemos denominar pensamiento crítico latinoamericano. Desde ese momento, políticos, escritores y artistas comenzaron a pensar sus realidades inmediatas y de la región, generando propuestas para revertir situaciones que se concebían como obstáculos para el desarrollo autónomo, tales como el colonialismo, el atraso económico

y cultural, el fraccionamiento geográfico y social, entre otros. Ese pensamiento social se inició con la primera generación de intelectuales, la generación ilustrada de finales del siglo XVIII (de la cual hacen parte personajes como Simón Rodríguez, Simón Bolívar, Antonio Nariño y Pedro Fermín de Vargas), que empieza “a hacer una reflexión crítica sobre lo que es América, a partir del inventario de su flora, su fauna y sus gentes, comenzando a pensar la independencia de sus virreinos, presidencias y capitanías, para constituir Estados Nacionales autónomos”<sup>1</sup>. En síntesis, esta es la generación de los precursores de la independencia.

Obtenida la separación política de los imperios europeos, el ejercicio de pensar por cuenta propia –y que se expresa en gran medida a través del ensayo político– continuó desarrollándose en el siglo XIX y el XX, esta vez teniendo como ejes problemáticos asuntos relacionados con la identidad latinoamericana, el mestizaje, el problema agrario, el avance del imperialismo estadounidense o la unidad latinoamericana. Si bien desde un principio se tuvo contacto con el desarrollo de las ideas europeas (Ilustración,

Positivismo, Modernismo, Marxismo, Cristianismo), y muchos de los integrantes de esta tradición bebieron de ellas, la recepción de las distintas corrientes políticas, intelectuales y culturales implicó, además de su asimilación crítica, en ocasiones su resignificación para otros contextos. Aquí radica precisamente una de las particularidades del pensamiento crítico latinoamericano. Podrían esbozarse dos características que distinguen a esta tradición:

a). Guardar una relación estrecha entre pensamiento y acción, que lo aleja de la estéril especulación. He ahí los casos de Simón Rodríguez, Simón Bolívar, José Martí, Ernesto Guevara o Camilo Torres Restrepo, para mencionar sólo algunos, quienes no dudaron en demostrar con hechos –hasta el punto de sacrificar sus vidas los tres últimos–, queriendo llevar a la práctica sus tesis y proyectos políticos. Nos referimos a aquellos hombres que Mariátegui llamaba pensantes y operantes o ideólogos realizadores. De esa forma asumían como suya la famosa y esquiva tesis del revolucionario alemán Carlos Marx, quien advertía lo insuficiente que resulta interpretar el mundo, dejando a un lado la necesidad de su imperiosa transformación. José Martí, por ejemplo, reflejó en varias oportunidades esa mediación entre teoría y práctica cuando afirmaba: “La mejor forma de decir, es hacer” o “Conocer es resolver”.

b). Asimilar críticamente el pensamiento europeo o de otras latitudes. Se trata, como afirma Jaramillo Jiménez, de eludir el mimetismo cosmopolita, pero también el provincialismo esterilizante. Simón Rodríguez lo sintetizó cuando sentenció: “Inventamos o erramos”. José Martí, por su parte, ejemplificó excelentemente la disyuntiva, cuando afirmó: “Injértese en nuestras Repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras Repúblicas”.

Orlando Fals Borda lo advirtió cuando hizo referencia a la necesidad de superar la cultura de la imitación, muy dada en nuestros medios políticos, académicos y sociales. En el caso de Mariátegui, se puede afirmar que fue deudor y continuador de ese pensamiento crítico, ya que asimiló dos de sus características más sobresalientes: por un lado, conjugar permanentemente el pensamiento y la acción, y, por otro lado, asimilar críticamente el pensamiento occidental, bebiendo de él; pero también creando lo de acuerdo a las condiciones particulares en que se desenvolvía. En efecto,



Ilustración: Bruno Portuguese

el propio Mariátegui fue fiel exponente de lo que él denominó en alguna oportunidad hombres pensantes y operantes, expresión a la que recurría para caracterizar a líderes de la vanguardia revolucionaria del momento como Lenin, Trosky y Rosa Luxemburgo.

Algunos hechos permiten reivindicar esa afirmación: por ejemplo, además de haber escrito docenas de análisis sobre la realidad peruana y mundial, y de redactar programas e informes políticos, Mariátegui fue un hombre que se comprometió –hasta donde su limitación física se lo permitió– con la acción política, ayudando a fundar revistas (recordemos a *Amauta*) y periódicos revolucionarios, a crear sindicatos y una central obrera (Confederación General de Trabajadores del Perú), apoyando huelgas de obreros, estimulando la creación de universidades populares (Universidad Popular González Prada) o fundando un partido socialista (Partido Socialista Peruano).

De igual manera, fue un hombre que bebió permanentemente del pensamiento occidental en sus distintas variantes (marxista, anarquista, existencialista, vitalista), sin que ello significara, al momento de analizar su realidad particular y formular soluciones para superarla, recurrir a la estéril imitación o la simple copia. Un ejemplo de lo anterior se puede encontrar en la relación fructífera que estableció el amauta peruano con el marxismo, quizá la más importante que tuvo. Mariátegui bebió. ¡Ni calco ni copia! sentenció Mariátegui haciendo referencia a la necesidad

de problematizar el materialismo histórico —para que éste fuera realmente útil— con las realidades específicas de nuestra América. El desarrollo de esa postura fue precisamente lo que permitió la gestación de un marxismo heterodoxo, original, creativo, en esta parte del mundo, un marxismo herético, como lo ha denominado Michael Löwy<sup>2</sup>.

## 2. Ni calco ni copia, el marxismo de Mariátegui

Mariátegui no dudó en declararse un marxista convicto y confeso. Sin embargo, la postura que abrazó se alejó hasta donde más pudo del dogma. Por ejemplo, no asumió la idea cientificista y de manual que concebía a la realidad histórico-social como regida por leyes absolutas e inmodificables, ni la visión teológica de la historia, que defendía el movimiento comunista internacional de su época. Mariátegui rechazó el determinismo rígido, y, por esa vía, no aceptó el paso forzoso de la sociedad peruana por la etapa de la revolución burguesa. Más bien, reivindicó, atendiendo a las particularidades propias de su país, el paso directo a un socialismo que denominó indoamericano.

Esa lectura, que cuestionaba las posiciones oficiales del comunismo soviético, asumió conscientemente el carácter de herejía. Mariátegui tenía claro ese carácter herético de su pensamiento y lo reivindicó sin aspavientos y para bien del propio marxismo<sup>3</sup>. Sin embargo, no fue fácil asumir esa actitud, porque “tuvo que rehacer el camino recorrido por Marx y reelaborar conceptos y categorías, en función de la específica realidad del objeto de sus estudios, hasta alcanzar su propia óptica de reflexión y de investigación”<sup>4</sup>.

En correspondencia con lo anterior, Mariátegui asumió el marxismo como un método de análisis e investigación que podía arrojar luces sobre la praxis revolucionaria, antes que como una filosofía de la historia que obedecía a un determinismo ciego. Esa particularidad del marxismo era la que le llamaba poderosamente la atención. Por eso, rechazaba las concepciones que lo asociaban a un conjunto de formulas, principios y frases eternas e inmodificables, y aplicables para cualquier realidad o periodo histórico. Sobre esto expresó en alguna oportunidad: “El marxismo, del cual todos hablan pero que muy pocos comprenden, es un método de análisis y de investigación que arroja luz sobre el problema del indio, que es el problema fundamentalmente dialéctico. Esto es, un método

que se apoya íntegramente en la realidad, en los hechos. No es, como algunos erróneamente suponen, un cuerpo de principios de consecuencias rígidas, iguales para todos los climas históricos y todas las latitudes sociales”<sup>5</sup>.

Al insistir en la idea del marxismo como método de análisis histórico social y no como una filosofía de la historia, advirtió: “El materialismo histórico no es, precisamente, el materialismo metafísico o filosófico, ni es una Filosofía de la Historia, dejada atrás por el progreso científico. Marx no tenía por qué crear más que un método de interpretación histórica de la sociedad actual”<sup>6</sup>.

Esa particularidad del marxismo exigía no descuidar la especificidad local y regional: “Marx extrajo su método de la entraña misma de la historia. El marxismo, en cada país, en cada pueblo, opera y acciona sobre el ambiente, sobre el medio, sin descuidar ninguna de sus modalidades”<sup>7</sup>.

Al asumir el marxismo como un método, Mariátegui no sólo se alejó de los fríos e inactivos esquemas, sino que le devolvió a la acción consiente de las masas la capacidad para hacer la historia. Se trataba de un método con consecuencias para la praxis revolucionaria: “En ese proceso, cada palabra, cada acto del marxismo tiene un acento de fe, de voluntad, de convicción heroica y creadora, cuyo impulso sería absurdo buscar en un mediocre y pasivo sentimiento determinista”<sup>8</sup>.

De ese modo, consideraba que la realidad misma poseía las claves para su comprensión y su transformación, y en esa tarea creía que el marxismo podía arrojar una ayuda valiosa, siempre y cuando la realidad se asumiera como una totalidad social, idea fundamental del materialismo histórico que en Mariátegui tiene mucha importancia. Por ejemplo, en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, su obra más acabada, al abordar el problema del indio, lo hizo inscribiéndolo en un análisis de conjunto, donde éste se relacionaba con los distintos aspectos culturales, económicos y políticos del Perú.

## 3. La realidad peruana y el problema del indio

Mariátegui postuló la necesidad del socialismo como única y radical solución al problema del indio, el cual ligó necesariamente al problema de la tierra. Se trataba de un socialismo particular, ajustado

a las condiciones del Perú, de su historia, de sus tradiciones, de su gente. Un socialismo que miraba hacia el interior del país, antes que nada. A esa postura le dio el nombre de socialismo indoamericano, y si bien podría pensarse que llegó a ese planteamiento de manera a priori, especulativa, nada más alejado de la verdad, ya que fue el resultado de un profundo análisis del proceso de constitución de la sociedad peruana desde los tiempos prehispánicos hasta los de la república (siglo XIX en adelante).

En dicho examen el amauta sometió a escrutinio cuestiones de suma importancia: el significado de la revolución de independencia, el carácter de la economía peruana, los límites del proyecto liberal burgués y el problema del indio.

Por ejemplo, en Mariátegui el significado de la revolución de independencia era central para comprender la inviabilidad de las ideas liberales en el Perú. Para él la independencia no significó el posicionamiento de una nueva clase (la burguesa o algo parecido) que minara con su ideología las bases del régimen colonial impuesto por los españoles. Todo lo contrario, la aristocracia terrateniente del periodo colonial se mantuvo incólume, conservando sus privilegios y posiciones. De igual modo, resaltó el carácter elitista del proceso independentista, que excluyó de los beneficios a las masas campesinas e indígenas, al no resolver el problema de la tierra. Mariátegui señaló que los indígenas no se vincularon dinámicamente al proceso independentista debido a que la vanguardia de la guerra libertadora no formuló un programa agrario que mejorara su situación. Al respecto, afirmó: “Si la revolución hubiese sido un movimiento de las masas indígenas o hubiese representado sus reivindicaciones, habría tenido necesariamente una fisonomía agrarista”<sup>9</sup>.

Por eso, y aquí hay otra tesis sustancial en el análisis de Mariátegui, en el Perú no se desarrolló un capitalismo pleno, constatándose en su estructura económica la con-

la economía comunista indígena en la sierra y una tímida economía capitalista en regiones de la costa. Lo cual ponía en evidencia que en el Perú no se había liquidado, por la vía de una revolución burguesa, la feudalidad, y con ella, el latifundio y la servidumbre, develando la incapacidad de una elite dominante que no había “sabido ni querido cumplir las tareas de la liquidación de la feudalidad”<sup>10</sup>.

Incluso, la incapacidad de tomar actitudes independientes frente al colonialismo y neocolonialismo anglosajón y estadounidense, y de vincularse a las masas del campo a través de una solución agraria anti feudal. De ahí que fuera tajante en su juicio: “Sobre una economía semi-feudal no pueden prosperar ni funcionar instituciones democráticas y liberales”<sup>11</sup>. En síntesis, el periodo posindependencia no significó la eliminación del régimen feudal, con sus dos expresiones esenciales, el latifundio



jafeth.proyectokalu.com - Artista Cauca Colombia

y la servidumbre; incluso la gran propiedad agraria se fortaleció en ese periodo “a despecho del liberalismo teórico de nuestra Constitución y de las necesidades prácticas del desarrollo de nuestra economía capitalista”<sup>12</sup>.

Por eso consideraba que el momento de la república y la revolución burguesa en el Perú ya habían pasado: “(...), yo pienso que la hora de ensayar en el Perú el método liberal, la fórmula individualista, ha pasado ya. (...), considero fundamental este factor incontestable y concreto que da un carácter peculiar a nuestro problema agrario: la supervivencia de la comunidad y de elementos de socialismo práctico en la agricultura y la vida indígenas”<sup>13</sup>.

#### 4. Socialismo indoamericano

Mariátegui rechazó tajantemente las posturas de aquel indigenismo que proponía la negación de la civilización occidental y la restauración de la sociedad incaica, sin cuestionar el régimen político y económico interno: “La reivindicación indígena –afirmó– carece de concreción histórica mientras se mantiene en un plano filosófico o cultural. Para adquirirla –esto es para adquirir realidad, corporeidad– necesita convertirse en reivindicación económica y política”<sup>14</sup>. Para él, el problema del indio era el problema de la tierra, y éste tenía a su vez estrecha relación con el régimen semifeudal que dominaba la escena peruana. Al fracasar el proyecto liberal y no resolver el problema de la tierra, debían explorarse otras salidas. Y el socialismo, advirtió Mariátegui, le enseñó a plantear el problema indígena en nuevos términos.

A su entender: “La crítica socialista lo descubre y esclarece, porque busca sus causas en la economía del país y no en su mecanismo administrativo, jurídico o eclesiástico, ni en su dualidad o pluralidad de razas, ni en sus condiciones culturales y morales”<sup>15</sup>.

Esa valoración del socialismo se fortaleció al analizar el pasado de los incas, donde el pensador peruano encontró elementos objetivos y subjetivos que podían, al ser recuperados, contribuir a la consolidación del socialismo en aquellas tierras: “Todos los testimonios históricos coinciden en la aserción de que el pueblo inkaico –laborioso, disciplinado, panteísta y sencillo– vivía con bienestar material. Las subsistencias abundaban; la población crecía. (...) La organización colectivista, regida por los Inkas, había enervado en los indios el impulso individual; pero había desarrollado extraordinariamente en ellos, en provecho de este régimen económico, el hábito de una humilde y religiosa obediencia a su deber social. Los Inkas sacaban toda la utilidad posible de esta virtud de su pueblo, valorizaban el vasto territorio del Imperio construyendo caminos, canales, etc., lo extendían sometiendo a su autoridad tribus vecinas. El trabajo colectivo, el esfuerzo común, se empleaban fructuosamente en fines sociales”<sup>16</sup>.

Mariátegui, con sus propias palabras, no reivindicaba “una romántica y anti-histórica tendencia de re-

mente superadas, y del cual sólo quedan, como factor aprovechable dentro de una técnica de producción perfectamente científica, los hábitos de cooperación y socialismo de los campesinos indígenas”. No estudió el pasado con el objetivo de revivirlo, es decir, de restaurar el imperio incaico: “El pasado nos interesa en la medida en que puede servirnos para explicarnos el presente”, afirmaba.

Sostuvo la idea de que la civilización incaica había desaparecido, pero el “complejo fondo de creencias, mitos y sentimientos, que se agita bajo las creaciones materiales e intelectuales” había logrado sobrevivir. Destacó como herencia del mundo andino la supervivencia de las relaciones de cooperación y solidaridad que habían ayudado a configurar un comunismo agrario: “en las aldeas indígenas en donde se agrupan familias entre las cuales se han extinguido los vínculos del patrimonio y del trabajo comunitarios, subsisten aun, robustos y tenaces hábitos de cooperación y solidaridad que son la expresión empírica de un espíritu comunista. La ‘comunidad’ corresponde a este espíritu. Es su órgano. Cuando la expropiación y el reparto parecen liquidar la ‘comunidad’, el socialismo indígena encuentra siempre el medio de rehacerla, mantenerla o subrogarla”.

Pero la reivindicación indígena no se circunscribía sólo al pasado inca, sino que iba más allá, al indicar que el indígena era un sujeto hacedor de historia, al desempeñar un papel especial en la constitución del socialismo indoamericano. En este punto, nuevamente Mariátegui se apartó de la ortodoxia marxista, para la cual sólo el proletariado era el sujeto histórico revolucionario. Para el pensador peruano la cosa era diferente: “El problema de las razas no es común a todos los países de la América Latina ni presenta en todos los que lo sufren las mismas proporciones y caracteres. En algunos países latinoamericanos tiene una localización regional y no influye apreciablemente en el proceso social y económico. Pero en países como el Perú y Bolivia, y algo menos el Ecuador, donde la mayor parte de la población es indígena, la reivindicación del indio es la reivindicación popular y social dominante”<sup>17</sup>.

Por eso consideró que el factor raza debía convertirse en factor revolucionario, aunque reconoció que una conciencia revolucionaria indígena tardaría en formarse. No obstante, una vez aparecida y asimilada

por el indio, la serviría “con una disciplina, una tenacidad y una fuerza, en la que pocos proletarios de otros medios podrán aventajarlo”<sup>18</sup>.

## Conclusión

El pensamiento de Mariátegui se inscribe en la tradición del pensamiento crítico de nuestra América, de la cual es heredero y continuador. Así se constata al estudiar su obra teórica y práctica. Al analizar la forma cómo abordó el problema del indio en el Perú, vimos como aquella se alimentó en su formulación y solución de las ideas marxistas. Precisamente, su obra ha sido considerada “el resultado del encuentro de una doble herencia: por un lado, la cultura occidental –el marxismo en particular, orientación que desempeñó un papel central en la constitución de sus puntos de vista teóricos y políticos-; y por otro, la cultura andina, verdadero substrato de sus reflexiones y de sus orientaciones vitales”<sup>19</sup>.

En ese contexto, se inscribe la idea de un socialismo indoamericano, una propuesta que por cierto debe recuperarse en momentos en que se registra la mayor crisis civilizatoria que haya conocido la humanidad, producto de la voracidad capitalista que denunció y atacó el amauta peruano en su momento. Por lo anterior, con el poeta argentino Cesar Tiempo (seudónimo de Israel Zeitlin), podemos decir de Mariátegui que:

“Fue el sembrador de América y no ha muerto. He aquí su fosa: abierta como un surco”. ■



## NOTAS

1. Jaime Eduardo Jaramillo Jiménez. “La sociología en América Latina: etapas y desafíos”, en *Memorias Primer Encuentro Latinoamericano de Sociología*, Bogotá, 1992; p. 164.
2. Michael Lowy, “Marxismo y romanticismo en José Carlos Mariátegui”, en *Herramienta*. Buenos Aires, 1998 – 99; p. 133.
3. En alguna oportunidad manifestó: “La herejía es indispensable para comprobar la salud del dogma. Algunas han servido para estimular la actividad intelectual del socialismo, cumpliendo una oportuna función de reactivos. De otras, puramente individuales, ha hecho justicia implacable el tiempo”. En *Defensa del marxismo*. Biblioteca Amauta, Lima, 1987, p. 20.
4. César Germana. El “socialismo indoamericano” de José Carlos Mariátegui: proyecto de reconstitución del sentido histórico de la sociedad peruana. Empresa Editora Amauta, Lima, 1995, p. 14.
5. J. C. Mariátegui, *Ideología y Política*, Biblioteca Amauta, Lima, 1981, p. 112.

6. Mariátegui, *Ideología y Política*, p. 112.
7. J. C. Mariátegui, *En defensa del marxismo*, p. 69 (énfasis nuestro).
8. J. C. Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Biblioteca Amauta, Lima, 1975, p. 80.
9. J. C. Mariátegui, *Ideología y política*, p. 188.
10. J. C. Mariátegui, *Siete ensayos*, p. 71.
11. J. C. Mariátegui, *Siete ensayos*, p. 71.
12. *Ibid.*, p. 69.
13. *Ibid.*, p. 70.
14. Prologo a *Tempestad en los Andes*, Luis E. Valcarcel, Populibros Peruanos, Lima, s.f.
15. J. C. Mariátegui, *Siete ensayos*, p. 61.
16. *Ibid.*, p. 71.
17. J. C. Mariátegui, *Ideología y Política*, p. 34.
18. *Ibid.*, p. 46.
19. C. Germana, *op. cit.*, p. 7